

LA INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN EN AMÉRICA LATINA: UNA NACIONALIZACIÓN DESINTEGRADA

THE INVESTIGATION OF THE COMMUNICATION IN LATIN AMERICA: A DISINTEGRATED INTERNATIONALIZATION

Por **Raúl Fuentes Navarro**
raul@iteso.mx

Departamento de Estudios Socioculturales
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)
Universidad Jesuita de Guadalajara
México

RESUMEN

En este texto se propone una línea de reflexión y de discusión acerca de la vigencia de ciertas premisas presuntamente características de una «escuela» o de un «pensamiento» latinoamericanos en comunicación. Más bien, se constatan en la actualidad fuertes tendencias de fragmentación y de desintegración de estos estudios, coincidentes tanto con procesos de «convergencia» como de internacionalización. En tan confuso horizonte, el texto recurre a perspectivas señaladas por autores latinoamericanos y de otras regiones para entender y para intervenir sobre la constitución académica y social de los estudios sobre la comunicación, desde una visión crítica e histórica.

PALABRAS CLAVE

América Latina
campo académico
comunicación
internacionalización

ABSTRACT

In this text one proposes a line of reflection and of discussion brings over of the force of certain premises allegedly typical of a «school» or of a «thought» Latin Americans in communication. Rather, there are stated at present strong trends of fragmentation and of disintegration of these studies, coincidental so much by processes of «convergence» as of internationalization. In so confused horizon, the text resorts to perspectives distinguished by Latin-American authors and of other regions to deal and to intervene on the academic and social constitution of the studies on the communication, from a critical and historical vision.

KEYWORDS

Latin America
academic field
communication
internationalization

Recibido: 11 | 08 | 2014

Aceptado: 20 | 10 | 2014



LA INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN EN AMÉRICA LATINA: UNA INTERNACIONALIZACIÓN DESINTEGRADA¹

Por Raúl Fuentes Navarro

Para plantear una perspectiva crítica personal sobre algunas de las tendencias que caracterizan actualmente a la investigación de la comunicación en América Latina, voy a utilizar un término cuyo uso no es demasiado preciso, pero sí bien reconocible en los ámbitos académicos: «internacionalización». Aunque pareciera que aludir a las relaciones entre entidades nacionales pudiera referirnos a otros tiempos, antes de que se propusiera y se impusiera globalmente la idea de que el «Estado-Nación» –categoría propia de la modernidad occidental– estaba en vías francas de extinción, y que habría que poner atención a los procesos de paso de lo «transnacional» a lo «posnacional», la geopolítica de las tres décadas más recientes nos exige, al respecto, una reconsideración más crítica. Aunque no puedo detenerme en los debates más complejos asociados a esta interpretación estructural, sí creo que es importante recalcar la vigencia en América Latina de diversos patrones nacionales (no todos «nacionalistas») de desarrollo, que no han modificado sustancialmente las relaciones entre los Estados, aunque sí las condiciones generales y la retórica de la «integración».

He escuchado a varios colegas sudamericanos afirmar que la decisión de México, mi país, de integrarse a partir de 1994 al Tratado de Libre Comercio de América del Norte con Estados Unidos y Canadá redujo, radicalmente, la viabilidad de una integración latinoamericana. No tengo capacidad ni interés en dilucidar si esto es totalmente cierto o totalmente falso, pero, por supuesto, me parece una referencia de la mayor importancia para continuar la búsqueda de explicaciones plausibles a las tendencias actuales, a la construcción de escenarios contextuales para superar la hipótesis de la desintegración internacional de la investigación latinoamericana de la comunicación, y a documentar, de la manera más detallada que sea posible, las tendencias nacionales, base ineludible de cualquier proceso de internacionalización, y, muy especialmente, los mecanismos concretos de cooperación académica.

Históricamente, la enseñanza y la investigación de la comunicación que se pueden llamar propiamente «latinoamericanas» han estado sustentadas en instituciones creadas precisamente para eso: CIESPAL durante décadas, ALAIC y FELAFACS más tarde; han estado apoyadas en revistas como *Comunicación y Cultura*, *Chasqui*, *Diálogos de la Comunicación* y, más recientemente, la *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*; además de que han estado orientadas por autores singulares, de amplio reconocimiento y liderazgo, como Luis Ramiro Beltrán, Antonio Pasquali, Armand Mattelart, Jesús Martín Barbero y José Marques de Melo, entre otros. Nombro a estas instituciones, a estas revistas y a estas personas porque en su trabajo a lo largo de varias décadas han articulado la reflexión con la acción, la atención a procesos nacionales con la construcción de vínculos continentales y la formulación de propuestas críticas de amplia cobertura, que han sido reconocidas y adoptadas como desafíos comunes por comunidades académicas tan dispares como las que se han desarrollado en el último medio siglo en el campo de la comunicación en América Latina.

Cuando uno revisa documentos de los años setenta, en los que por primera vez se formularon los diagnósticos y los programas estratégicos para el desarrollo de la investigación latinoamericana de la comunicación, se encuentra con análisis que, actualizando los datos, podrían muy bien referirse a la actualidad, aunque, sin duda, también con evidencias de los cambios radicales que las décadas han generado en los referentes, en los contextos y en las premisas adoptadas para orientar ese desarrollo articulado. Entre los documentos que considero «fundacionales» están el informe final del Seminario sobre Investigación de la Comunicación en América Latina, organizado por CIESPAL, con los auspicios de la Fundación Friedrich Ebert y el CEDAL, en La Catalina, Costa Rica, en septiembre de 1973; y la ponencia presentada por Luis Ramiro Beltrán en la Conferencia Científica Internacional de la IAMCR/AIERI, en Leipzig, Alemania, un año después, texto clásico titulado «La investigación de la comunicación en América Latina ¿indagación con anteojeras?», basado en buena medida en la documentación expuesta en el seminario, y con un énfasis similar en la fundamentación científica y social que habría que desarrollar para nuestra área.

El seminario de La Catalina asumía un tono clara y contundentemente normativo:

El objetivo central de la investigación debe ser el análisis crítico del papel de la comunicación en todos los niveles de funcionamiento, sin omitir sus relaciones con la dominación interna y con la dependencia externa, y el estudio de nuevos canales, medios, mensajes, situaciones de comunicación, etc., que contribuyan al proceso de transformación social. Es necesario conceder importancia trascendental al estudio de nuevas modalidades de comunicación colectiva e interpersonal, tanto en la técnica de difusión de los mensajes como en la selección de contenidos (CIESPAL, 1973: 15).

Pero no se desconocían las condiciones necesarias para hacer avanzar ese objetivo. Entre ellas, llama la atención la advertencia literal de que «hasta ahora, América Latina no tiene el número suficiente de especialistas en investigación, pues ni siquiera existe una institución especializada en la formación de expertos de alto nivel en esta materia» (CIESPAL, 1973: 25), factor que, obviamente, sería determinante para atender las tres áreas de investigación que según la institución deberían ser consideradas prioritarias:

La formulación, el refinamiento, la prueba de teorías y de métodos sobre los diversos aspectos del proceso de comunicación y su relación con el proceso de transformación social; el papel de la comunicación en la educación; y el papel de la comunicación en la organización y en la movilización populares (CIESPAL, 1973: 18).

Del mismo modo, Beltrán formulaba con gran cuidado su exposición, dirigida, al mismo tiempo, a los colegas latinoamericanos y a los interlocutores del resto del mundo congregados por la AIERI, razón por la que fue originalmente presentada en inglés; por cierto, una de las condiciones esenciales de la internacionalización. Desde la propia introducción de su texto, Beltrán establecía las cuestiones indispensables para fundamentar un diagnóstico, un juicio y un plan de desarrollo para la investigación latinoamericana:

¿Cuáles son los *temas* cubiertos por esa investigación? ¿Bajo qué *orientaciones teóricas* fue realizada? ¿Cuáles *métodos* fueron predominantemente empleados? ¿Qué se puede decir de la calidad científica de los estudios? ¿Cuáles *disciplinas* y qué tipo de *instituciones de investigación* se hicieron cargo principalmente de la tarea? ¿De dónde provino el financiamiento? ¿Dónde están *localizados los informes* de investigación? Y, finalmente, ¿cuál parece haber sido, hasta ahora, el *aporte* de la indagación al desarrollo de las naciones latinoamericanas? Todavía no pueden darse respuestas completas y confiables a preguntas como esas. Sólo cuando se termine la recolección y el procesamiento de la mayor parte de los documentos será posible hacer un análisis cuidadoso, riguroso y crítico de la literatura (1974: s/p).

Para entonces, las tareas de documentación científica en comunicación estaban centradas, casi exclusivamente, en la labor de CIESPAL. El cálculo de Beltrán era que hasta 1974 se habían realizado alrededor de mil estudios en o sobre América Latina, de los cuales en su trabajo hacía referencia a 327. Poco después, en 1977, CIESPAL publicaría en dos gruesos volúmenes la sistematización analítica de setecientos de ellos, bajo el título *Comunicación Social y Desarrollo. Compendios de investigaciones sobre América Latina*. Pero la condición señalada por Beltrán, para «hacer un análisis cuidadoso, riguroso y crítico de la literatura» que respondiera «completa y confiablemente» a sus propias preguntas era, desde entonces, imposible de cumplir.

No podría ignorarse, por otra parte, que en aquellos años los contextos para la práctica de la investigación de la comunicación en América Latina eran muy distintos de los actuales. En plena crisis mundial del suministro de petróleo, los países de América Latina estaban sujetos a las contradicciones internas y externas de la guerra fría y a la polarización ideológica, política y económica asociada a ese orden mundial. Sin entrar en más detalles, baste con señalar que el seminario de La Catalina se celebró en Costa Rica apenas una semana después del golpe de Estado en Chile. Baste con advertir que, al mismo tiempo que incipiente y precariamente institucionalizada, la investigación latinoamericana de la comunicación estaba marcada por todas las contradicciones que, con violencia variable hasta llegar al extremo, caracterizaban la dinámica social en la que la comunicación tendía a ser instrumentalizada, antes que investigada.

En ese contexto, Beltrán, con mayor claridad –a pesar de su sutileza– que los relatores del Seminario de La Catalina, abordó la que a mi juicio es la *tensión esencial* de la investigación de

la comunicación en América Latina a lo largo de su corta pero intensa y compleja historia: la relación entre el rigor científico y el pensamiento dogmático. Esta tensión, me parece, es mucho más que un mero problema epistemológico, y no puede ubicarse única y exclusivamente referida a la investigación de la comunicación o a la historia de su estudio en Latinoamérica. El trabajo de Beltrán terminaba, hace cuarenta años, con comentarios críticos sobre «la mitología de una ciencia exenta de valores» y sobre «el riesgo del dogmatismo», sea bajo la forma de postulados del liberalismo clásico o del marxismo. La oposición entre el rigor de la ciencia y el compromiso político con la transformación de la realidad, directamente referida por Beltrán a la polémica entablada entre los grupos de investigadores encabezados por Armand Mattelart, en Chile, y por Eliseo Verón, en la Argentina, daba lugar a una pregunta crucial final:

¿Podrá esto significar que la investigación latinoamericana de la comunicación estará algún día en riesgo de sustituir el funcionalismo ideológicamente conservador y metodológicamente riguroso por un radicalismo no riguroso? Sea tan amable el paciente lector de responder a esa pregunta. Y ojalá esa respuesta nos dé lúcidas claves sobre si la investigación latinoamericana de la comunicación dejará de ser la *búsqueda con anteojeras* que a veces parece haber sido... independientemente del color de las anteojeras (Beltrán, 1974: 40).

Para ser mínimamente rigurosos, deberíamos abstenernos de responder hoy a esa pregunta con una afirmación o con una negación absolutas, y atender, más bien, al sugerente sentido metafórico con el que Beltrán formuló hace cuatro décadas el problema de la articulación histórica central de nuestro campo. Si se trata «de releer y de reescribir» la historia de la investigación de la comunicación en América Latina, como yo mismo he sugerido (Fuentes Navarro, 1999), esta clave tiene que ser desarrollada en la práctica. Creo, en consecuencia, que lo que ha sucedido en la investigación de la comunicación en las últimas décadas –aunque no solo en América Latina–, puede evocarse como una multiplicación geométrica de los colores, los tamaños, los estilos y los usos de las anteojeras. La búsqueda de balance entre rigor científico-académico y compromiso político-social de Beltrán está más lejos de manifestarse como una tendencia predominante hoy que entonces.

Puesto en otros términos, un proceso de *fragmentación* o de *divergencia* múltiple ha sustituido, tanto en el plano epistemológico o metodológico como en el plano de la acción transformadora de los sistemas y de las prácticas sociales de comunicación, a las polarizaciones típicas de otras épocas, lamentablemente sin reducir los riesgos del dogmatismo. Insisto: este diagnóstico no es exclusivo del estudio de la comunicación en América Latina. Puede constatarse también en otros campos y en otras latitudes. Y no creo que las explicaciones simples, basadas en la globalización de la posmodernidad o en la expansión de las (mal) llamadas «nuevas tecnologías de información y comunicación», sean mínimamente satisfactorias. Creo que la «internacionalización desintegrada» exige marcos de mayor complejidad que no son fáciles de elaborar, pero que no parecen asumirse tampoco como prioridad, a pesar de que para algunos analistas especializados en el desarrollo educativo y científico de América Latina, la historia reciente ha abierto condiciones alentadoras.

La última década ha sido de inusual bonanza para la mayoría de los países de América Latina. El PBI *per cápita* de la región creció alrededor de 20% entre 2000 y 2008. Este dato cobra mayor relevancia al ser comparado con el producto bruto *per cápita* mundial,

el cual se incrementó un 12% para el mismo período. En otras palabras, mientras que el producto bruto de la región creció a un ritmo de 3,7% anual, el resto del mundo lo hizo a una tasa del 2,6%. Más aún, la particularidad latinoamericana en cuanto a la dinámica del producto bruto se manifestó también durante la crisis global que azotó a gran parte de los países, especialmente a los centrales, pero cuyo impacto fue más bien tenue en la región, evitando así un escenario de recesión económica (Albornoz y otros, 2010: 27).

En ese marco, el gasto en investigación y en desarrollo de los países latinoamericanos y del Caribe casi se triplicó entre 2002 y 2008, aunque con fuertes variaciones temporales y geográficas: Brasil pasó a ser el único país de la región en invertir más del 1% de su PIB en investigación y en desarrollo, mientras que México disminuyó su inversión de 0,41% en 2005 a 0,37% en 2008. Sin embargo, sobre la base de análisis más detallados, los mismos autores advierten:

Si bien los indicadores sociales han mejorado, especialmente aquellos asociados al nivel de pobreza, América Latina mantiene (y profundiza) sus rasgos característicos en cuanto a su inserción internacional. Más allá de presentar comportamientos dispares a nivel nacional, [...] sus sociedades siguen caracterizadas por niveles de pobreza muy altos y por un nivel de desigualdad social que mantiene a la región como la más inequitativa a nivel mundial (Albornoz y otros, 2010: 28).

Para nuestro campo, resulta determinante la disparidad de prioridades otorgadas al sector de la educación superior y de la ciencia, en ese contexto de desigualdad interna, endémica en todos los países de la región. Y podría interpretarse, también, que el incipiente reconocimiento alcanzado por la idea de que la comunicación es un factor importante para el desarrollo social no ha tenido la continuidad requerida para ser impulsada y para ser articulada. A pesar del enorme crecimiento de la matrícula en programas de comunicación en todos los países, el nivel del posgrado, con la notable excepción de Brasil, debe considerarse gravemente subdesarrollado en las universidades latinoamericanas (Lopes, 2012). Y sin la formación sólida en y para la investigación científica rigurosa –aunque habría también que mencionar la creación de plazas en universidades y en centros especializados, en un número creciente de agentes académicos– es difícil esperar la superación del estado actual de nuestra investigación: crece y se fortalece, pero no en el ritmo requerido por los desafíos ya formulados y renovados a lo largo de estas décadas.

Me parece que falta, en estos años, otro esfuerzo colectivo y sistemático de diagnóstico informado y de proyección compartida, que tendría que comenzar por las escalas nacionales, donde no hay evidencias suficientes del fortalecimiento de actividades de documentación y de asociaciones académicas, base de una rearticulación internacional. Después del seminal documento, ya citado, de Luis Ramiro Beltrán, en 1974, varios otros han sido incorporados a los debates internacionales sobre el estudio de la comunicación, de entre los que destaco el escrito por José Marques de Melo (1993), incluido al final del segundo tomo de *The Future of the Field*, el debate organizado por la ICA y editado por su emblemática revista *Journal of Communication*. En nueve páginas, repartidas entre la historia, la proyección internacional y los «nuevos desafíos» de la investigación latinoamericana, Marques de Melo sintetiza, de manera admirable, los antecedentes de una propuesta interpretativa y práctica que ha desarrollado e impulsado incansablemente. En sus últimas líneas señala:

Los investigadores latinoamericanos continuarán respondiendo a las demandas del subdesarrollo con una dinámica modalidad de investigación propia de la región, una marca distintiva de trabajo académico en comunicación que no se parece a las raíces norteamericana y europea de las que se originó. La investigación de los fenómenos de comunicación en Latinoamérica preserva su actitud crítica en la formulación de hipótesis teóricas y en la delimitación de premisas analíticas. Sin embargo, intensifica el empleo de procedimientos empíricos (cuantitativos y cualitativos) para describir y para diagnosticar situaciones. Esta postura corresponde a un sentimiento consensual de que la investigación científica representa un instrumento vital para la construcción de sociedades democráticas prósperas y pluralistas, una utopía que moviliza a los científicos latinoamericanos de la comunicación ante el umbral del siglo XXI (Melo, 1993: 186-187).

Esta es la tesis de la «Escuela Latinoamericana» o del «Pensamiento Latinoamericano» en comunicación, que en una versión más reciente, escrita en español, el investigador brasileño parece formular con mayor radicalidad:

La afirmación de la mirada latinoamericana, reivindicando la identidad sociocultural de los estudios y las investigaciones que hace medio siglo están en proceso de desarrollo en nuestra mega-región, corresponde al propósito de enfrentar el tradicional complejo del colonizado. Reflejando un tipo de dependencia congénita, esa distorsión de personalidad respalda la producción de marcos teóricos generados en ecologías que están distanciadas de nuestros modos de ser, de pensar y de actuar. Frente a retos de esa naturaleza el segmento académico de la comunicación en América Latina no siempre reacciona positivamente, adoptando una conducta defensiva en lugar de ocupar el espacio que le compete en la vanguardia de la comunidad científica mundial (Melo, 2007: 16-17).

Sin asumir en absoluto el papel de «colonizado», ni el aparente *destino manifiesto* de la investigación latinoamericana en «la vanguardia de la comunidad científica mundial», manifiesto mi coincidencia con la importancia asignada por Marques de Melo a los procesos de institucionalización, a mi entender, objetos centrales de análisis sistemático y de participación reflexiva y colaborativa, y para él de incesante fundación y fortalecimiento; así como a la documentación académica como infraestructura intelectual imprescindible para la producción y para la reproducción críticas de la investigación y de la identidad y la legitimidad de los estudios de comunicación. CONFIBERCOM, el proyecto más reciente de institucionalización impulsado por Marques de Melo (2011) para «aglutinar» ya no a Latinoamérica sino a Iberoamérica en torno al estudio de la comunicación, es una propuesta fuerte de internacionalización basada en la conjunción de desarrollos nacionales, más propia quizá del siglo XXI que otros modelos de integración, cuya viabilidad habrá que observar en los próximos años o décadas, y que a mi juicio dependerá en buena parte de la capacidad colectiva de documentar los respectivos capitales científicos nacionales.

En contraste, otro texto sintético sobre la investigación latinoamericana de la comunicación, publicado en un contexto internacional, es el preparado por Jesús Martín Barbero para la *Enciclopedia Internacional de Comunicación* editada por Wolfgang Donsbach, en 2008. Más breve aún que el de Marques de Melo, el texto de Martín Barbero resume la historia del campo latinoamericano en tres párrafos y, sorprendentemente, reduce el eje principal a una dicotomía que me parece muy discutible y provocadora:

Desde el inicio, el campo de los estudios de la comunicación en América Latina ha enfrentado dos asuntos: el *tecnológico*, caracterizado por el argumento modernizador y desarrollista del «hecho tecnológico», y el *sociocultural*, el cual se relaciona con la identidad y con la memoria cultural en una lucha tanto por la sobrevivencia social como por la reconstitución cultural basada en movimientos de resistencia y de apropiación (Martín Barbero, 2008: 614).

Después de relatar los «inicios» en relación con el «imperialismo cultural» y los aportes de Freire, de Pasquali, de Mattelart, de Beltrán y de Verón, Martín Barbero reseña el cambio de orientación a partir de los ochenta al relacionar la comunicación con las culturas, y concluye con una «agenda latinoamericana en el siglo XXI», que desglosa en cuatro grandes temáticas: la globalización y sus efectos sobre las culturas, la *mass mediación* de la política, la ciudad como espacio de comunicación, y el uso de los medios y el consumo cultural. No obstante que la descripción de estos cuatro campos de investigación abarca la mitad del texto, la consideración final es que «el campo de los estudios de comunicación en Latinoamérica atraviesa un periodo de fuerte crecimiento en cuanto a programas académicos, pero no en términos de investigación en el campo» (Martín Barbero, 2008: 619).

Lo que creo que sucede es que atravesamos un periodo que se puede llamar transicional, por lo cual entiendo dos cosas: primero, que la «internacionalización desintegrada» de la concepción misma de la investigación académica de la comunicación en América Latina, y de su historia «continental», puede verse con las mismas características y tendencias, aunque quizá con diferencias de grado, que la que se hace en otras regiones del mundo, y ya no parecen entonces tan distintivos y presentes los rasgos que la caracterizaron hace treinta o cuarenta años. En otras palabras, la figura de una «Escuela Latinoamericana» no parece ser aplicable a la actualidad, y menos en escala continental, por lo que hay que completar la transición estratégica a la integración internacional en nuevos términos. Al mismo tiempo, creo que los fenómenos sobre los que construimos nuestros objetos de estudio, la «comunicación social», están en una transición de una configuración general predominante a otra, en la que hipotéticamente los medios intervienen de maneras más complejas en una diversidad creciente de procesos para una diversidad creciente de sujetos, y de propósitos, siguiendo una pauta que algunos llaman «mediatización» (Couldry & Hepp, 2013; Hjarvard, 2013), y cuya discusión no puede abordarse aquí por falta de espacio.

Sin ninguna duda, los cambios estructurales que se desataron a escala global a partir de la caída emblemática del Muro de Berlín, en 1989, se notan, claramente, y casi siempre para bien, en la mayor parte de los países de América Latina, sin que tampoco hayan desaparecido los conflictos, los fracasos, las desigualdades y las injusticias, las polarizaciones ideológicas y la descomposición social, que en casos como el mexicano han alcanzado niveles sin precedentes de degradación por la violencia. Puede recurrirse, en cuanto a la transición sociohistórica aquí solo insinuada, a la premisa interpretativa de que dentro de un marco de respeto por los derechos humanos, las tensiones entre factores pueden aumentar o pueden disminuir de intensidad, pero al mantenerse en un rango adecuado, producen cambios favorables. El riesgo mayor es que desaparezcan y que no haya impulso para seguir adelante, o que al extremarse generen la ruptura, quizá irreparable, de los factores en equilibrio dinámico. Insisto: el exceso de «convergencia», la disolución de las diferencias, así como la excesiva «fragmentación», la

desaparición de los comunes denominadores, son los polos negativos e indeseables que tienen en el equilibrio dinámico, en la tensión productiva, su contraparte deseable.

Lo que propongo, entonces, para identificar el estado actual de la comunicación y de su investigación académica, es una transición marcada por la tensión entre *convergencia* y *fragmentación*, en vez de una estructura polarizada, de oposición entre opciones de sentido bien definidas, como en tiempos más maniqueos se entendió la emergencia de nuestro campo en América Latina, y en el que ciertamente se ubica una herencia muy valiosa, cuyas huellas siguen presentes, pero ya no, interpreto, como una estructura vigente o predominante en la actualidad.

Miquel de Moragas, que ha seguido desde Barcelona con la mayor atención y respeto el desarrollo de la investigación en comunicación desde hace cuatro décadas –con una consideración muy especial de los aportes latinoamericanos–, publicó a fines de 2011, como producto de sus relecturas y de sus reescrituras, un libro muy diferente del que, con el título *Teorías de la comunicación. Investigaciones sobre medios en América y Europa*, había presentado en 1981. Treinta años después, Moragas se propone *interpretar* una historia, no de la comunicación sino de su estudio, que más que una sucesión lineal de avances consiste en un «intertexto», en un trayecto múltiple en el que «unas teorías se han ido desarrollando por oposición a las otras» (2011: 11), y que concibe a las teorías como productos necesariamente situados, porque «en cada época histórica, en cada país y en cada región, la investigación recibe demandas sociales distintas, dependientes de los centros de decisión política, económica y cultural» (2011: 15). *Interpretar la comunicación. Estudios sobre medios en América y Europa* es un libro orientado por la convicción –que comparto plenamente– de que «la investigación de la comunicación no solo investiga la diversidad, sino que ella misma es sujeto de esta diversidad» (2011: 303) y esto tiene consecuencias contrarias al maniqueísmo que todavía padecemos.

A pesar del reconocimiento de una obvia tendencia creciente hacia la «mundialización» y hacia la homogeneización de las influencias científicas, impulsada «por la articulación de las estructuras del mundo académico más desarrollado con la industria editorial» –entre otras regiones donde se pueden ver excepciones–, Moragas subraya que en América Latina «la influencia dominante internacional es contrarrestada con la colaboración dentro del propio continente» (Moragas, 2011: 302), lo cual difícilmente sucede en Europa. Quizá coincida esta consideración con un resultado obtenido hace pocos años en un análisis de la bibliografía de las tesis de posgrado en comunicación presentadas en cinco universidades mexicanas durante una década, en las que en términos generales se podían identificar cuatro bloques, más o menos equivalentes, de referencias provenientes de autores nacionales como de iberoamericanos, extranjeros angloparlantes y extranjeros de otros idiomas (Fuentes Navarro, 2008), si bien, dependiendo del tema o del área de investigación, las bibliografías tienden a ser mutuamente excluyentes, más allá de unos cuantos títulos que representan una especie de «plataforma común» en los estudios de comunicación.

En palabras de Moragas, avaladas por una larga experiencia de intercambio y de cooperación con Latinoamérica, «la investigación de la comunicación en América Latina no es homogénea, pero se basa en algo muy particular: compartir la diversidad y de-construir los aparatos teóricos sobre comunicación basados en la experiencia ajena de las grandes

metrópolis del mundo occidental desarrollado» (2011: 302), en donde tampoco prevalece una perspectiva monolítica para el estudio de la comunicación, sino más bien lo contrario. Pero, cabe insistir en que, ahora,

la investigación en Latinoamérica se encarna, plenamente, en la historia de los logros y de las dificultades de los procesos de lucha contra la dictadura, la pobreza y la dominación. Con el paso de los años, superando dificultades, también irá liberándose de las influencias teóricas dominantes, construyendo su propia intertextualidad teórica, discutiendo, renovando, descartando teorías (Moragas, 2011: 178).

Esa es una «apuesta» que con gusto respaldo, porque supone una gran inversión de trabajo estratégico y colectivo.

Para cerrar esta exposición, quiero señalar que, ante la rapidez y la profundidad con la que se transforman las redes de medios y con la que convergen, con consecuencias divergentes, procesos y estructuras que hasta hace poco eran mantenidos separados, como los de la radiodifusión y las telecomunicaciones, o los del entretenimiento y la educación, o los de la política y la publicidad, parece claro que hace falta, en estos años, otro esfuerzo colectivo y sistemático de diagnóstico informado y de proyección compartida –como los emprendidos por CIESPAL en los años setenta, y por FELAFACS y por ALAIC en los ochenta y en los noventa.

Quizá así podamos recuperar, en circunstancias históricas diferentes a las que no deberían de repetirse, el sentido estratégico de la comunicación pensada y referida militantemente en términos de una identidad latino o iberoamericana, que Marques de Melo (Nieves, 2008) ubica como el origen de esa Escuela que él tampoco ve vigente en la actualidad. Pero también creo que, como señala Craig Calhoun:

En este heterogéneo campo, lo que se necesita no es presión hacia la conformidad sino la producción de más y mejores conexiones entre diferentes líneas de trabajo. He sugerido que la teoría tiene un papel especial que desempeñar en esto, pero hacer las grandes preguntas que conecten diferentes líneas de trabajo es algo que rebasa por mucho el dominio de la teoría (2011: 1.495).

Es decir, hay salidas prácticas para contrarrestar los riesgos de la fragmentación, que no necesariamente pasan por la convergencia en una estructura única y excluyente, y que para Calhoun pueden comenzar por «crear maneras para que los jóvenes investigadores conecten entre ellos a través de escuelas, de líneas de trabajo, de metodologías y de temas de investigación diferentes» para, eventualmente, «reconocer el valor de la síntesis y el debate que ayuden a clarificar el estado de la cuestión en diferentes subcampos y hagan un mejor recuento del campo como un todo» (2011: 1.495). Ojalá podamos avanzar en eso. ■■■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALBORNOZ, Mario y otros (2010). *El estado de la ciencia. Principales indicadores de Ciencia y Tecnología Iberoamericanos / Interamericanos*. Buenos Aires: Red Iberoamericana de Indicadores de Ciencia y Tecnología.

BELTRÁN, Luis Ramiro (1974). «Communication Research in Latin America: the blindfolded inquiry?». Paper submitted to the International Scientific Conference on Mass Communication and Social Consciousness in a Changing World. Leipzig: International Association for Mass Communication Research.

CALHOUN, Craig (2011). «Communication as Social Science (and More)». *International Journal of Communication* (N.º 5), pp. 1.479-1.496.

CIESPAL (1973). «Seminario sobre la investigación de la comunicación en América Latina. Informe provisional». *Chasqui* (N.º 4), pp.11-25.

COULDRIY, Nick; HEPP, Andreas (2013). «Conceptualizing Mediatization: Contexts, Traditions, Arguments». *Communication Theory*, 23 (3), pp. 191-202.

FUENTES NAVARRO, Raúl (1999). «La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI». *Diá-logos de la Comunicación* (N.º 56), pp. 53-67.

————— (2008). «Bibliografías, biblionomías, bibliometrías: los libros fundamentales en el estudio de la comunicación». *Comunicación y Sociedad* (N.º 10), pp. 15-53.

HJARVARD, Stig (2013). *The Mediatization of Culture and Society*. London: Routledge.

LOPES, María Inmacolata Vasallo de (coord.) (2012). *Posgrados en comunicación en Iberoamérica: políticas nacionales e internacionales*. San Pablo: Confibercom, PPGCOM-USP.

MARTÍN BARBERO, Jesús (2008). «Communication as an Academic Field: Latin America». En *The International Encyclopedia of Communication*, Vol. II (pp. 614-620). New York: Blackwell.

MELO, José Marques de (1993). «Communication Research: New Challenges of the Latin American School». *Journal of Communication*, 43 (4), pp.182-190.

_____ (2007). *Entre el saber y el poder. Pensamiento comunicacional latinoamericano*. Monterrey: Comité Regional Norte de Cooperación con la UNESCO.

_____ (2011). «Política y ciencia de la comunicación en Iberoamérica. El reto de la comunidad académica». En Valle, Carlos del; Moreno, Francisco; Sierra Caballero, Francisco (eds.). *Cultura latina y revolución digital* (pp. 17-40). Barcelona: Gedisa.

MORAGAS, Miquel de (2011). *Interpretar la comunicación. Estudios sobre medios en América y Europa*. Barcelona: Gedisa.

NIEVES, Mario (2008). «La reinención del compromiso» (entrevista con José Marques de Melo). *Chasqui* (N.º 104), pp. 32-39.

NOTA

¹ Versiones anteriores, parcialmente coincidentes de este texto, fueron presentadas como conferencias y discutidas en el Encuentro Nacional (Ecuatoriano) de Investigadores de la Comunicación (SEICOM-CIESPAL, Quito, 29 de junio de 2011); en un curso intensivo impartido en el Doctorado en Comunicación Social (ECL, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 27-31 de agosto de 2012), la inauguración del Curso 2013 en la Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva (Universidad de Costa Rica, San José, 4 de abril de 2013) y un conversatorio para profesores del Departamento Académico de Comunicaciones (Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 4 de julio de 2013). Esta versión fue presentada como ponencia en el GT Teoría y Metodología de la Investigación en Comunicación, en el XII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC), realizado en Lima, Perú, del 6 al 8 de agosto de 2014. Ninguna de esas versiones ha sido formalmente publicada.